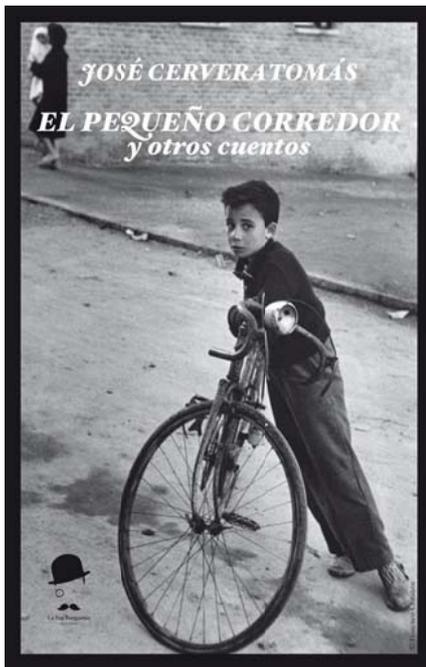


CERVERA TOMÁS, JOSÉ:

EL PEQUEÑO CORREDOR Y OTROS CUENTOS.

Murcia: La Fea Burguesía, 2015.



Bajo el título *El pequeño corredor y otros cuentos*, la editorial *La Fea Burguesía* acaba de reeditar una espléndida colección de cuentos de José Cervera Tomás. La primera apareció en 1954 e iba precedida por un prólogo de Mariano Baquero Goyanes. Desde luego la reunión de los nombres de prologuista y autor no fue fortuita y a ello quiero referirme en un primer momento. Si mi padre, por su condición de catedrático de Universidad, se veía con frecuencia sujeto a participar en numerosos actos de la esfera pública, su naturaleza retraída y tímida y su personal forma de entender la vida hicieron de él una persona bastante encerrada en la

intimidad de su entorno familiar, con hábitos muy alejados de las relaciones y compromisos sociales. Desde tal perspectiva casi me atrevería a afirmar que sus vínculos de amistad se concentraron fundamentalmente en una única persona: Pepe Cervera. Para mi hermano y para mí el amigo de mi padre era, en consecuencia, Pepe Cervera y como tal lo conocimos siempre. Mi vinculación con la familia Cervera Salinas viene, pues, de muy lejos. Si desde muy pequeña traté a Pepe y a Fuensanta, también en los años de colegio llegué a conocer a Clara. El gran desconocido fue durante muchos años, el hijo. El destino ha querido, sin embargo, que su ausencia durante tanto tiempo se viera ampliamente compensada al coincidir con él



al hacer la misma especialidad y al convertirnos, en última instancia, en compañeros y amigos.

La amistad entre José Cervera y mi padre se remontó a lejanas fechas y se mantuvo siempre inmutable. Si la afinidad de caracteres y aficiones – su compartida pasión, por ejemplo, por la música clásica – estableció estrechos vínculos entre ambos, sin duda hubo algo que intensificó aún más su relación. Me refiero a su personal inclinación hacia el cuento, género que contó siempre entre los predilectos de mi padre y hacia cuyo cultivo se decantó también José Cervera. La amistosa relación mantenida por ambos dio paso, pues, a la conjunción crítico-creador literario en torno a uno de los géneros más persistentes en la tradición literaria, como el cuento. Como bien recoge el prólogo de mi padre, las primeras versiones que conoció de los relatos de su amigo fueron orales. Sin duda quienes hemos tenido la suerte de compartir momentos con José Cervera –y en mi caso, por desgracia, no fueron demasiados, aunque su intensidad los hace imborrables- podemos imaginar lo atrayente de tales encuentros, habida cuenta de que uno de los rasgos identificadores del mismo fue el de ser un excelente conversador. No resulta tampoco difícil imaginar que mi padre animara a Cervera para que escribiera esos cuentos y que, reunidos estos, deseara él mismo escribir ese prólogo que apareció en esa lejana primera edición. Por otra parte, no sería esta la única vez que mi padre incorporara en su investigación y estudio sobre el cuento, la creación literaria de José Cervera. Diez años después, en 1964, incluyó uno de los cuentos de esta colección –“La injusticia de un caballo”- en la completa y ambiciosa antología que sobre el cuento contemporáneo le encargó la editorial Labor y en donde, junto a cuentistas españoles, aparecieron numerosos escritores de las más variadas y distintas culturas –Alemania, Francia, Estados Unidos... El que el nombre de José Cervera se viera unido al de los más selectos y significativos escritores de cuentos contemporáneos no se debió, no obstante, a motivos personales. El rigor y la seriedad crítica del antólogo y su destacado lugar en el ámbito investigador del cuento son tan sobradamente conocidos e indiscutibles, que no cabe pensar sino en el valor intrínseco del propio cuento como la causa principal de su inclusión.

Sesenta y un años después *El pequeño corredor* vuelve a aparecer enriquecido con un nuevo prólogo. Bajo el título “El regalo que nunca te hicieron” Vicente Cervera antepone un texto a la obra, prodigio de preámbulo introductor a la colección, al haber conciliado de manera verdaderamente admirable, lo entrañable y personal con el distanciamiento científico y la valoración de los textos. La semblanza que ofrece de su padre consigue retratarlo a la perfección y los juicios que lleva a cabo sobre los cuentos evidencian, a la vez, su condición de experto en la materia. Desde luego enfrentar esa tarea de prologar la nueva edición –en

momentos tan delicados y duros- no debió de resultarle fácil, pero los resultados no pueden ser mejores. Sin duda José Cervera se sentiría plenamente satisfecho ante esta nueva edición que reúne a su hijo y a su amigo.

La reedición de la obra mantiene, por otra parte, en su interior la portada original de Muñoz Barberán, mientras que introduce como nueva, una fotografía de Francisco Ontañón, en perfecta consonancia con el libro. La conjunción tradición y modernidad aparece, por consiguiente, perfectamente sintetizada y de ello hay que felicitar a la editorial. Su reedición ofrece un diseño que debería convertirse en una práctica más habitual.

Si los dos prólogos ofrecen particularidades y matices distintos son, no obstante, abundantes las coincidencias. Tanto Cervera Salinas como Baquero Goyanes destacan, como uno de los rasgos consustanciales a la poética del género del autor, la perfecta concisión, la síntesis magistral propia de una especie en la que nada puede sobrar y que en el caso de estos relatos adquiere innegable realidad.

Articulada, claramente en dos mitades, la colección presenta, sin embargo, innumerables conexiones entre sus relatos de forma que tanto en temas como en técnicas narrativas se percibe un implícito hilo conductor que organiza el conjunto. En la primera mitad se agrupan seis cuentos ligados por el mundo de la infancia, mientras que la segunda está constituida por ocho, vinculados ya al mundo adulto y en los que el registro onírico y fatalista se hace más perceptible. Entre todos ellos se perciben, sin embargo, numerosas conexiones. Sobre ellos planea, así, la huella de lo autobiográfico, a la vez que se reiteran motivos temáticos sometidos a diversas variantes. Piénsese, por ejemplo, en la presencia del mar o en la de la muerte, concentrada en algún caso en la dolorosa experiencia del amigo fallecido –“El silencio del enfermo”, “El velatorio”. Aunque si existe una constante temática importante en el libro esta es, innegablemente, la vieja confrontación entre la realidad y el deseo. Si bien es en el ámbito novelesco donde, a raíz de la herencia cervantina, se detecta con mayor claridad también en el cuento, aun adaptada a un tono menor, puede constatar su presencia.

De otro lado también pueden señalarse ciertas recurrencias en el manejo de las técnicas narrativas. La presencia del *yo* narrador así como el recurso del personaje *reflector* resulta evidente a lo largo de los relatos. Cervera tiende, pues, a situarse en la interioridad de un personaje para, ya sea a través de su propia voz o del narrador, ofrecernos su visión de la realidad. En el manejo de tal técnica se puede percibir la innegable modernidad del escritor a tenor del gran relieve que su uso ha adquirido

entre los grandes cuentistas actuales –y piénsese, tan solo, en el conocido caso de Cortázar. La utilización del personaje *reflector* da lugar, por otra parte, en numerosas ocasiones, a la aparición del estilo indirecto libre que Cervera maneja con verdadera maestría, pasando de la modulación infantil a la adulta.

Nota común entre los dos prologuistas es también el subrayado de determinados modelos literarios en estos cuentos. Sin duda Cervera no sólo fue escritor sino también gran lector y eso se percibe en sus relatos; en ellos, no obstante, dichas influencias aparecen singularmente transformadas a partir del nuevo y personal discurso literario del autor. Quizá la primera interconexión con la tradición literaria se dé en el mismo cuento inicial. La magistral utilización de una doble temporalidad superpuesta que en el caso de “El pequeño corredor” va asociada a una anécdota propia de un universo infantil, no puede dejar de recordar el famoso cuento oncenio de *El conde Lucanor*, tan admirado y homenajeado en la tradición posterior. El que Cervera haya elegido dicho cuento como título de su colección responde, por otro lado, a una vieja práctica literaria –iniciada fundamentalmente con el desarrollo del cuento literario–, por la que los autores elegían uno de los relatos, que solían situar o el primero o el último, para titular la obra. Que su creador lo escogiera, para completarlo con el también tradicional y *otros cuentos*, invita a pensar en que contaría entre sus preferidos.

Como nombres de escritores cuya huella se percibe en estos relatos se han destacado los de Kafka –“El hombre del cuello roto”–, Chejov o Clarín. Baquero, por ejemplo, relacionaba “El veterano” con “La trampa” al aparecer un caballo como el eje central de la historia. Este es un caso, por lo demás, singularmente curioso pues frente al más habitual objeto evocador –la famosa magdalena proustiana– lo que desencadena la recuperación del pasado es la visión de un animal. Presente también este en “La injusticia de un caballo”, como en el asimismo clariniano “El rey Baltasar”, nos encontramos con un cuento de Reyes Magos muy alejado de un tratamiento edulcorado o amable. Finalmente y como otro de los cultivadores del género cuya proyección puede ser advertida en la colección me atrevería a destacar a Katherine Mansfield –como Vicente recordó mi padre le regaló, precisamente, una obra de esta magnífica escritora de relatos breves al suyo. La iluminadora intensidad que sobre el mundo adulto arroja el punto de vista infantil, tan presente en algunos de los cuentos de esta escritora, se percibe en estos de Cervera –léase, por ejemplo, “El niño que quiso ser hombre”. O la perturbadora relación entre el mundo de los vivos y el de los muertos eje de “La mosca” de Mansfield, también visible en un relato como “El velatorio”. Como en los cuentos de esta escritora cabe hablar en la presente colección de un universo de

valores implícitos que el lector debe desentrañar, profundizando para ello en las más cotidianas escenas de la vida diaria. Si muchos de los cuentos de Cervera se configuran así otros, sin embargo, caen de lleno dentro del ámbito de la literatura fantástica, modulada aquí conforme a un registro trágico y sobrecogedor de poderoso efecto. La versatilidad de Cervera, en consecuencia, en su cultivo del género resulta otro de los grandes atractivos del libro.

En definitiva, no podemos dejar de agradecer a *La Fea Burguesía* que haya publicado esta obra. En primer lugar por tratarse de una colección de cuentos, género que sigue considerándose menor en el ámbito narrativo, dominado completamente por la novela. Que una editorial apueste por una obra de tal condición merece ya nuestra felicitación. En segundo lugar por tratarse de una reedición que recupera una antigua colección de relatos, hoy día completamente imposible de adquirir. Y finalmente, y esta sin duda es la razón más importante, por tratarse de un libro de José Cervera. Para aquellos que no pudieron conocerlo la lectura de sus cuentos resultará, innegablemente, un gran descubrimiento que les dará a conocer, a lo largo de sus páginas, a un escritor de innegable valía en su manejo del género. Para quienes lo conocieron sus cuentos harán que, de alguna forma, puedan volver a recuperarlo y encontrarse con él. Y en la lectura de estos relatos comprenderán que José Cervera además de un hombre de una talla moral e intelectual verdaderamente grande, además de un gran filósofo y un gran profesor, además de un amigo siempre cercano y fiel fue también un gran escritor de cuentos.

ANA L. BAQUERO ESCUDERO

Universidad de Murcia